

—Yo no lo sé.

—¿Crée usted en el vacío?

—No entiendo la pregunta.

—¿Crée usted que haya un lugar, un vacío que no esté lleno? ¿allí donde crée usted que no hay nada, crée usted que efectivamente no hay nada?

—Eso es precisamente el punto principal de mis dudas, en esa averiguación, solo he podido adquirir la mitad de la certidumbre.

—¿Cuál es esa mitad?

—Que no hay nada para mí.

—¿Pero no puede usted asegurar que haya algo para otro?

—No.

—Entonces convenga usted en que está expuesto á ser injusto.

—Así lo creo, lo temo sin cesar y procuro no llegarlo á ser, porque aborrezco la injusticia.

—Hé aquí, señor don Manuel, una de esas enfermedades en las que el enfermo es el primer obstáculo para curarlas; usted

teme ser injusto siéndolo, usted cree no estar celoso estándolo, y por lo tanto.....

—¿Yo celoso é injusto?

—Esa es mi convicción; y el consejo que debo dar á usted, se reduce á recordarle que no hay más que una manera de conquistar amor y ésta es, amando. Estoy seguro de que su mujer de usted, es y sigue siendo digna de usted y de todas las consideraciones y respetos; y por lo que á mí toca, tengo el sentimiento de manifestarle que á mi pesar, á pesar del público y de cualquiera otra consideración, me retiro de la casa de usted.

Don Manuel se quedó contemplando por largo tiempo á Zubieta y luego dijo:

—¿Se retira usted?

—Sí, señor.

—Luego confiesa usted entonces tener alguna parte en este asunto?

—Sí, tengo la de ser un pretexto.

—Eso se lo dice á usted su conciencia?

—Me lo dice simplemente mi experiencia.

—Tenga usted presente, señor Zubieta,

que yo mismo no me hubiera atrevido á señalarlo á usted como el origen de mi malestar.

—Pero yo, que he notado hace mucho tiempo lo que por usted pasa, esperaba la primera oportunidad para manifestar mi desinterés y mi buena amistad.

—¿Insiste usted en tomarse un papel que no le corresponde?

—Por lo mismo que no me corresponde, no debo aceptarlo.

—Pero á mi vez tengo derecho de rogar á usted me dé la explicación de ese modo de proceder.

—Es muy sencillo.

—Yo no lo encuentro sencillo.

—Sírvase usted escucharme. Desde el momento en que el amigo fiel y desinteresado se convierte, en el seno del matrimonio de usted, en el origen de desazones y disgustos, tan luego como me veo expuesto á perder aquí mi carácter, siendo ya el objeto de sospechas y de dudas, me toca poner el remedio, no sin sentir en el alma ale-

jarme de su lado, precisamente en momentos que tal vez pudiera servir de buen amigo con mis consejos, cooperando á la armonía y á la paz que debe reinar en el matrimonio.

Don Manuel pareció reflexionar profundamente é iba á contestar á Zubieta, cuando la interrupción de una visita, detuvo en sus labios la palabra, quedando por lo tanto aplazada aquella conferencia.

